



- Yo no puedo jugar al fútbol porque soy quebrado.
—Pues juega de medio.
—¿Por qué?
—Pues porque un «medio» ha sido siempre un «quebrado».

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

10.—Un libro.

**NOTA
NOTA**

11.—Obra teatral.

5011000 R L En Ares
y El Ferrol

12.—Uno que mueve la boca.

1000 1000
SALON

13.—De Geografía hispánica.

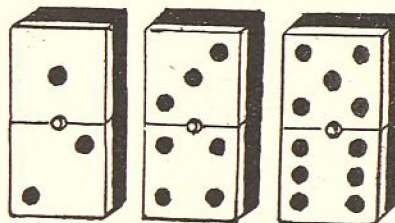
TÉRMINO
500
MADRILEÑA

—¡Yo me divorcio; de martirio basta
—¿Tan grandes causas para hacerlo tienes?
—Las tengo, sí, que mi mujer no gasta
De la Casa de Presa los sostenes.
PRESA. Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00 M.



**SOMBREROS
BRAVE**
6 · MONTERA · 6

14.—Mala situación.



15.—Charada.

—Primera segunda, tercera cuarta
quinta segunda quinta primera quinta
el tercera tercera que le he traído de
todo.

16.—Canción que no envejece.

Río Pueblo guipuzcoano
MEDIODÍA
Prenda de vestir
De Ciudad lejana

BUEN HUMOR lo vende en México D. Nico-
lás Rueda en su nueva Librería de la ca-
:: :: :: lle 2.^a Victoria, núm. 33 :: :: ::

Cre-
ma



Solar

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
noviembre.

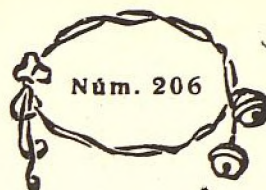
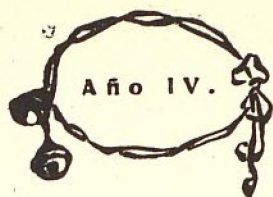


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulante
de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID



CUESTIONES DE POCO PESO

EL HONRADO GREMIO DE LA PANADERIA



Mi criada trajo el otro día unos panecillos duros, fieramente duros, inconcusamente duros, descaradamente duros. Se le ordenó que los devolviera y el panadero se negó a ello, asegurando que eran del día, de la última hornada, y que él no tenía la culpa de que estuviesen duros.

O lo que es lo mismo, el panadero vino a decir que los panecillos habían sido fabricados de aquella expresa manera, esto es, duros. Y yo, naturalmente, no estoy conforme con el panadero, como no lo estaría con el tendero si me dijese que las gallinas pueden poner huevos podridos, ni con el carnicero, si me asegurase que el cerdo puede dar el jamón con gusanos.

Aparte de que, aun siendo posible, que en las tahonas se fabricase pan duro, no conduciría a nada fabricarlo, por la sencillísima razón de que nadie lo compraría.

No, señores panaderos, no. El pan duro que venden ustedes en sus honrados establecimientos, ha salido blando de los hornos. Lo que ocurre es que ustedes no han podido venderlo oportunamente y se valen de ese burdo sofisma para darlo salida. Convengamos, pues, en que esto, jurídicamente analizado, es un pequeño robo, previsto y penado en el código correspondiente, aunque los encargados de aplicar el correspondiente código se duerman en las pajas, hagan la vista gorda, estén en las Batuecas o les importe un comino, un ardite, un rábano, un bledo, una higa o tres pitos; que de todas estas me-

tafóricas maneras puede expresarse en castellano neto el hecho de encogerse de hombros —o cruzarse de hombros, como decía un concejal burgalés— ante el abuso, la inmoralidad, la perfidia y la estafa.

Vamos a ver, señores panaderos: ¿qué dirían ustedes si yo, en vez de pagarles en buena moneda de Alfonso XIII, les pagase en ochavos morunos o en piezas de «Carlos Chapa»? Pondrían el grito en el cielo ¿verdad? Bueno, pues nos encontramos en el mismo caso. Los panecillos que uno de

ustedes tuvo la bonéad de vender hace días, a mi criada, no diré yo que fuesen del tiempo de los almoravides o del hermano de Fernando VII, pero que eran, aproximadamente de la edad de Luis de Tapia, eso lo juro con la mano puesta sobre los santos Evangelios.

Y no hay derecho. Ya está bien que den ustedes el pan escaso de peso, mal cocido y hecho con harina de salvados. Todo eso y mucho más lo toleraríamos con tal de que estuviese blando. Pero si a la escasez de peso, a la maldad del comimiento y a la perversión de la harina añaden ustedes la dureza de la piedra, ¿qué diferencia habrá entónces entre un panecillo de los largos y un adocquín de los cortos?

Crean los anarquistas que la felicidad humana estriba en hacer cada cual lo que le dé la gana, sin limitación alguna. Perfectamente. Los anarquistas deben de tener, entre las bases de su programa, la supresión del pan. De otra manera, no se comprende cómo pueden acariciar semejante idiotez. El día que a los panaderos se les dejè hacer lo que les dé la gana, ¡pobres de nosotros!

Si ahora, con el Directorio encima, con el gobernador delante y con el alcalde siempre alerta, se consideran facultados para vender como auténtico y actual un pan más duro que la Novísima Recopilación, el día que puedan campar por sus respetos, nos suministrarán, en forma de *colones*, cuantas piedras atesoran el Acueducto de Segovia, la catedral de Burgos y el Alcázar de Toledo. Y, la verdad, quedarse España sin monumentos no creo que entre en el programa del anarquismo nacional.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA



Dib. MONDRAGÓN—Bar. elona.

—¿Y qué le vas a decir a tu mujer?
 —Pues la diré: ¡Buenas noches!
 —¿Y qué más?
 —Nada, lo demás lo dirá ella.

¡Caray, caray! ¡qué asuntos ha'y!

Hoy, para hacer versos o prosas,
 tema los hechos no me dan.
 ¿Voy a sacar punta a las cosas
 del territorio musulmán?
 ¿Voy en romances perfilados
 a referir que a todas horas
 son por los autos arrollados
 viejos, chiquillos y señoras?
 ¿Voy a decir (y no bajito)
 que hay homenajes (y eso irrita!)
 aun para el socio que no ha escrito
 más que un soneto a Santa Rita?
 ¿Voy a decir que los festejos
 que ha pergeñado el Municipio
 gustaron mucho a la *Pellejos*,
 que los gozó desde el principio?
 ¿Voy a hacer versos informales
 a las *hurís* de las esquinas
 o a los delitos pasionales...
 o a la epidemia que hay de anginas?
 ¿Sobre el errar de los doctores
 voy a hacer versos ocurrentes
 viendo que obligan sus errores
 a hincar el pico a los clientes?
 ¿Voy a brindar con desenfado
 mis humorísticas quintillas
 a los cien Bancos que han quebrado
 y a los que están en *tinganillas*?
 ¿Voy a inquirir en coplas latas
 por qué razón, según se ve,
 cuestan hoy tanto las patatas,
 el pan, los huevos y el café?
 ¿Cómo va a hacer trabajo ameno
 el que ninguna actualidad
 puede llevar a su terreno
 que tenga gracia y novedad?
 ¿Voy a hacer chistes al timado
 que vuelve mondo a Villanuez,
 o a la mujer que a luz ha dado
 seis criaturas de una vez?
 ¿Para qué hablar de cosas tristes?
 ¿Surgen catástrofes tan sólo?
 Pues yo desisto de hacer chistes.
 Voy a ver qué *echan* en Apolo;
 voy a buscar mujer que arome
 mi vida un poco y *dé en el quid*,
 y a ver en cuál mejor se come
 de los hoteles de Madrid,
 pidiendo a Dios que en las tortillas
 no me suceda lo de ayer,
 que encontré en una dos cerillas
 y once cabellos de mujer.
 Diréis que es esto una pamema,
 pero hoy tenéis que perdonar;
 porque ya he dicho que no hay tema
 regocijante que explotar.
 Y tan mal sienta hacer coplitas
 a *ciertas cosas* que yo sé,
 como a las ánimas benditas
 enjaretarlas un *cuplé*.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

FORMACION DE COMPAÑIA

El opulento capitalista don Facundo Cecina se ha metido a empresario de teatros. Sus anteriores generaciones de Cecinas se dedicaron a la alimenticia tarea de vender jamón y embutidos, lo que les dio pingües y pringosos resultados, pero éste ha creído que debía variar de condición social respecto a sus antepasados, y ahí le tienen ustedes, gordo, ventrudo, con sortijas hasta en el dedo gordo, diciendo *haiga* y *pa chasco*, forrado de esos billetes grandes que, afortunadamente, salen falsos, y habiendo construido un teatro que se llama Teatro Cecina, ante el cual la gente no sabe si tomar una butaca o pedir cuarto de kilo de tocino fresco. Ha terminado el teatro—¡lástima de solar con lo escasas que están las viviendas!—y ahora se ocupa de formar una compañía que «eche las obras», como él dice. Entre las obras dramáticas y la de albañilería apenas si don Facundo distingue. La compañía ha de ser de lo más lírica que se conoce, entrando en su repertorio, desde *Tosca* a *El club de las solteras*.

—Don Facundo, aquí, esta joven. Pase usted.

Don Facundo mira a la joven, aspiranta a pertenecer a la compañía del Cecina, y comienza el interrogatorio.

—¿Usted es artista?

—De lo más artista que se conoce, sin despreciar a nadie.

—¿Y ha trabajado usted?

—Una porción. Yo empecé de aprendiz de sastra, ojalando, y ojalá que hubiera continuado así toda mi vida, pero me pasé al teatro y entonces supe lo que eran sinsabores, porque hay cada envidiosa...

—¿Cuál es su género?

—Femenino, pero los domingos y el martes, si hace falta, echo una mano a los hombres.

—¿Qué dice?

—Que puedo encargarme de papeles masculinos en las obras de que sea necesario, por carencia de actores u sea porque al autor se le haya metido así en la chola o, como si dijéramos, en la cabeza, vulgarmente conocida por la pelota.

—Bien. ¿Dónde ha trabajado usted?

—¡Ay, hijo!, donde he podido. He estado en la compañía de Peña y, tanto él como su hermano, el representante, podrán dar informes míos.

—No se trata de admitir una cocinera. ¿Por qué se marchó usted?

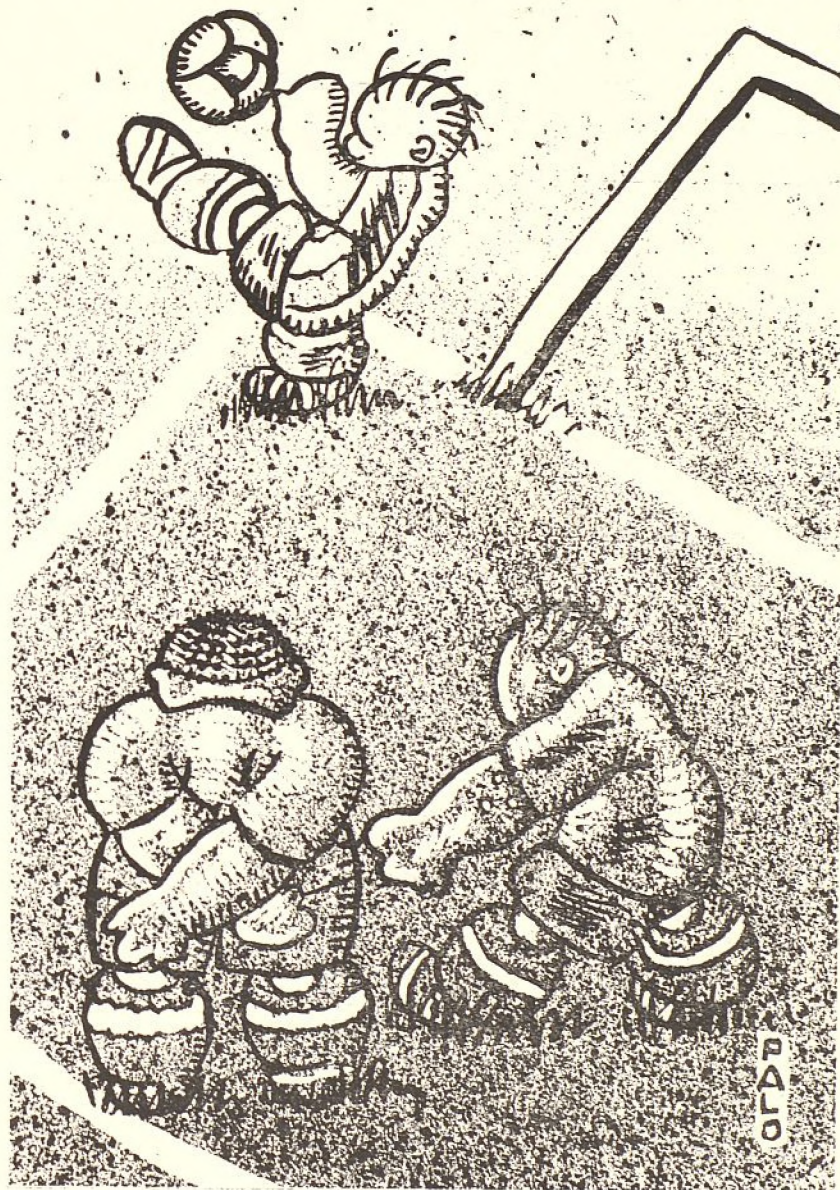
—Porque quería subir y le dije a los Peñas que anhelaba ir más arriba, y desde entonces en la compañía comenzaron a decir que yo era un queso por lo de «Peñas arriba», y como no era

cosa de comer a bocados con todos, me fui.

—Claro, de comer a alguien sería a usted, por lo del queso. Bueno, pues, hijita, aquí hay que hacer de todo.

—Por Dios, don Facundo, explique y amplíe la frase, porque así es más elástica que una goma.

—Quiero decir que los papeles de que se encargue pueden ser del tamaño de ese cartel o del de un *confeti*.



—¿Y es bueno ese interior derecha?
—, Pregúntaselo al portero!

Dib. PALO.—Madrid.

Las madres aquí no se permiten.

—¿Hay que ser hija expúrea?

—No, hay que dejárselas en su casa. Los novios a dos metros de la fachada, y el que quiera venir al teatro, que compre su localidad, pues no se dan vales de contaduría. ¿Usted cómo anda de formas?

—Bastante educadita, a Dios gracias, porque aunque comencé de pantalonera, desde que tiré los pantalones, me he comportado bien, sé tratar a las personas, y no le diré a usted que puedo hacer los honores de la casa, en el baile de una embajada, pero para hablar y escribir correctamente por diez céntimos, como esas gramá-

ticas que venden en la Puerta del Sol, sí, señor.

—No me ha entendido usted, niña. Por mí ya puede usted tener menos educación que un caballo de un carro de mudanzas, porque en el escenario no ha de hablar más que aquello que digan los autores, y respecto a los ademanes, el director se los enseñará, y si no los aprende, con darla la pata de Charlot, en paz. Al preguntarla por las formas, me refería a las personales; a las... vamos, al pantorrilleo.

—¡Ah! ¿Ha visto usted qué *quiprocude*? ¿De manera que usted pregunta por aquí? Mire usted.

—¡Superior! ¿La otra es igual?



Dib. Mer. Madrid.

—¡Canalla! ¿Y este botón? ¿De dónde es?... ¡Dí, de dónde!

—¡De... de... de nácar, probablemente!

—Claro, las dos.

—Es verdad; las dos... y medias de seda, que hace bonito.

—Creo que es lo suficiente para que tenga usted siempre vendidas las primeras filas de butacas.

—Es que, ¿sabe usted? Yo tengo mis ideas especiales respecto al teatro, y creo que a la literatura hay que darle lo suyo, pero con mallas. Hay que ofrecer a la vista del público carnes frescas y saladas.

—¿Cómo se conoce que es usted del gremio! ¡Ay, señor Tocino!...

—Cecina.

—Es verdad, y usted perdone; el teatro está hoy de una manera que la vergüenza estorba, y si una quisiera estar en él nada más que haciendo gorgoritos o recitando quintillas, se iba a pasar la vida en su casa esperando una contrata y haciendo el ridículo.

—La vida tiene que ser alegría, luz y taquígrafos, o como si dijéramos gente que certifique que hemos acertado al proponernos entretenerlo. Por eso yo, en mi teatro, digo que las tristezas para el gato, y no es que le tenga especial odio al minino, sino que no le considero consciente para enterarse de lo que es la salsa de la vida.

—¡Anda, pues si un gato no sabe lo que es la salsa, no sé quién lo va a saber! Pero estoy con usted.

—Sí, desde hace ya más de media hora, y, la verdad, el tiempo apremia.

—Digo que estoy conforme, y, por mi parte, no le canso más. ¿En qué quedamos?

—Dese usted una vuelta.

—Ya está. ¿Es que no me había usted visto bien?

—Si digo que se la dé por aquí, dentro de unos días. Entonces quedaremos en algo fijo y señalaremos el sueldo.

—Por él no hemos de regañar. No canso más y hasta otro día. Conque señor Mojama.

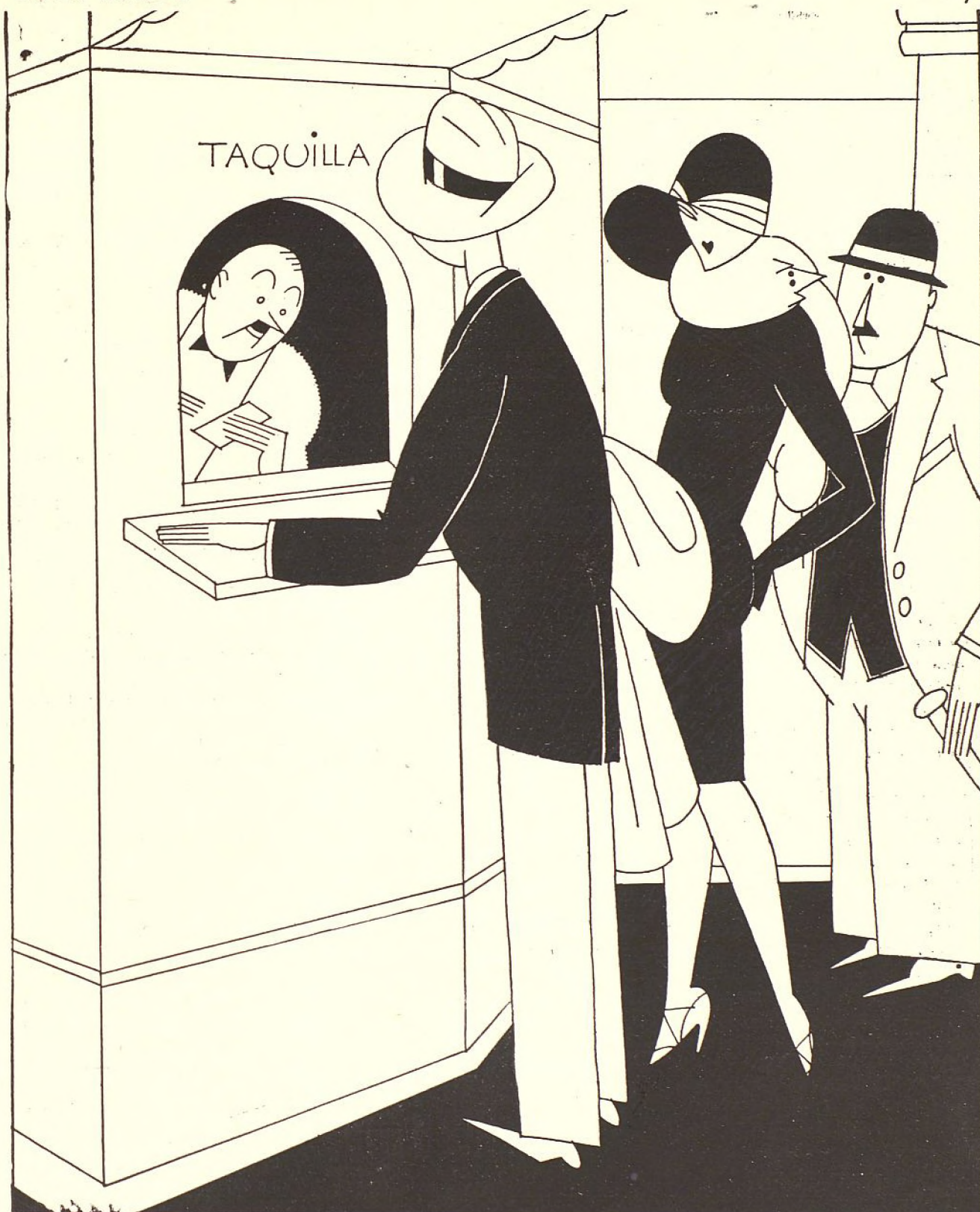
—Cecina.

—¡Caray, pues es verdad! Pero, en fin, lo mismo da; todo es comestible salado. Salud y hasta la próxima.

—Adiós, joven. Esta muchacha me parece útil.

—A este pedazo de cerdo le echo yo al cocido.

A. R. BONNAT



- Deme usted dos butacas lo más distantes posible.
 —Tome usted estas dos sueltas, una de la fila 3.^a y otra de la 12.
 —¡No, hombre; quiero decirle lo más distantes posible de la pantalla'...

Dib. RIVERÓN. —Barcelona.

RAMONISMO

NUEVA TEORÍA DE LA Z

Conviene volver sobre los grandes estrabismos de la tradición. Hay cosas que por olvido se han quedado en lo que son como sombrero viejo en una percha por la que hubieran pasado siglos sin que nadie la revisara. (¡Vaya!)



Las letras no han sido reivindicadas por la nueva época. Es tan temprana nuestra rebeldía cuando sufrimos la cartilla, que no nos atrevemos a corregir las letras. Nos tragamos las letras con toda arbitrariedad, y como se perdió la cartilla en el basurero de los tiempos, no hemos vuelto sobre la verdad o mentira de las letras.

Hoy tengo que pedir a la gente nueva la revisión de la cartilla, que es el único libro que resulta indiscutible entre todos los libros. Eso no puede continuar.

Hay que encararse de nuevo con las letras y exigirla a cada una el por qué es así y qué se propone al ser así y por qué no ha de ser de otra manera.

Tenemos que comenzar creando un nuevo alfabeto. Hay que citar a un congreso internacional para tratar de ese asunto y hay que inventar letras más fantásticas en lugar de esas que se parecen tanto unas a otras como la F a la E y la C a la G, tanto que la E podría ser igual a la otra si no se la hubiesen caído los callos y la C se podría confundir con G si se dejase también la perilla.

Pero mientras ese congreso se realiza voy a proponer una variación po-

sible en el alfabeto, una pequeña mejora pero que corregirá un descuido lamentable y la insostenible falta de educación de una letra.

Mi moción, mi enmienda, mi corrección, consistiría en variar la posición de la Z, letra mal educada que vuelve la espalda a todo el mundo.

Ya es hora, señor gobernador—y me dirijo al gobernador por dirigirme a alguna autoridad que no sea el presidente de la Academia que no tome en serio estas cosas—de que la Z tenga la urbanidad que exigen las nuevas costumbres dulcificadas por los reglamentos.

La Z, según mi nueva teoría que expongo gráficamente para mayor clari-

ZENON
ZENON
RAZON SOCRAATES
RAZON SOCRAATES
BORRACHO.
DROSERO.

R.

dad y rotundidad, tiene que dar el frente a las palabras y si no, debe dejársela impronunciada en señal de protesta a su desaire, y así las palabras comenzadas con esa Z cerril e impolítica variarán de fonética, y en vez de Zacarías diremos Acarías y en vez de Zona, Ona. ¡Pues no faltaba más! ¡Ya es hora de que acabe tan salvaje actitud!

Según puede verse en mi composición de palabras involucradas, «razón» sería mucho más razonable con la Z saludadora y sociable y Zenón sería un tipo de hombre más sensato y abnegado con la Z lógica y fraternizada.

Para que se vea más claramente el

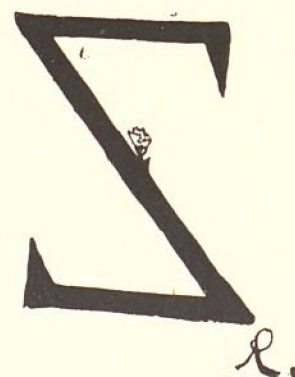
dislate de la Z vuelta de espaldas a la tertulia de las letras, he dibujado un Sócrates ineducado y atrabiliario con unas eses tan desairadoras como lo son las sedas oficiales. Al mismo tiempo, y como ejemplos de aberraciones parecidas, va un Borracho con la B vuelta y un tfo grosero, mucho más grosero que cualquier grosero natural; pues la G vuelta del revés sobrepasa el límite de cualquier grosería imaginable.

Es penoso que una tribu tan seria como la tribu de Zabulón figure en la Historia Sagrada con tan desacatadora posición de la Zeda.

Me lleva Zapateta cuando pienso en la Z despectiva, desconsiderada y con zurda orientación.

El pecho de la Z, o sea el noble frente en que la letra se colocaría las cruces o los claveles del presumir, está en su posición vuelta del revés, camino de la posesión de las demás letras.

La Z, esa letra arrodillada hacia el pasado, inmóvil en esa posternación salvaje, de la que no la sacan las academias ni los transeúntes, debe variar de estilo y atacar las palabras con su



pico enguizcado, mereciendo entonces ese enclavarse con que se enclava la ceda en la palabra como el gallo sobre la gallina «alicatándola» bien la cresta.

RAMÓ: GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

COSAS DE MI VIDA

EL INAUDITO COMBATE SUBTERRÁNEO

«Espero que todos cumplirán con su deber.»

(Palabras de Nelson en la batalla de Trafalgar).

Los viajeros que en la estación de Puerta del Sol, del Metropolitano Alfonso XII, pretendimos entrar aquella tarde en el coche motor número 29, conducido por Cesáreo Mustieles, no creímos nunca que aquel simple hecho nos iba a hacer asistir a uno de los lances más extraños que pudieran presenciarse humanas y azulosas pupilas.

Sin duda porque no creíamos que ocurriera nada de particular, la introducción en el coche fué a verificarse normalmente.

Todos sabéis como se desarrolla normalmente este acto de penetrar en un vagón del Metro. Sin embargo, acaso convenga explicarlo para que se ilustren sobre ello los lectores de provincias.

El andén se halla totalmente ocupado por el público, que forma tres o cuatro filas; los componentes de la primera sienten su alma conturbada por dos emociones antagónicas e igualmente lacerantes: una, la satisfacción de poder ocupar un buen puesto en el coche, próximo a venir; otra, el temor de que los futuros compañeros de viaje, que ocupan las filas de detrás, le empujen y le tiren a la vía en el momento de aparecer el convoy en la boca del túnel.

Así situados los viajeros aguardan la llegada del ferrocarril subterráneo. Hay unos instantes repletos de ansiedad. De pronto, hacia la derecha, se oye un ruido bronco, parecido al que originan dos perros cuando riñen y algunas reinas del cuplé cuando cantan. Y con fragor de pueblo amotinado, el tren entra victorioso en la estación.

Se abren las puertas; un empleado a quien aplasta un montón de viajeros, dice con voz estrangulada y haciendo un heroico esfuerzo laringológico:

—¡Puerta del Sol!

Entonces sobreviene el tumulto; un aluvión de personas quiere salir; otro aluvión quiere entrar; todos pretenden hacerlo por las mismas puertas, y los dos aluviones luchan desesperadamente. El lío tiene dos soluciones, según venza uno u otro aluvión. Si los de dentro son más numerosos o más hercúleos, sale el aluvión número uno, impide entrar al aluvión número dos y el coche vuelve a partir vacío. Si por el contrario, los de fuera tienen la fuerza, entra el aluvión número dos, y el aluvión número uno queda encerrado en el vagón hasta que en otra estación cualquiera sus componentes pueden imponerse por músculos. He aquí uno

de los Inconvenientes de las grandes ciudades.

La tarde a que me refiero, los que aguardábamos éramos mucho más fuertes que los que ya venían en el convoy. Todos estábamos decididos a entrar en el coche; cuando éste apareció en la salida del túnel, nosotros nos animamos mutuamente con palabras llenas de sabiduría:

—¡A la lucha!

—¡Preparados!

—¡Animo!

—¡No desmayemos!

Y cuando se detuvo el tren un señor con bigote y perilla gritó estentóreamente, enarbolando el bastón:

—¡A ellos! ¡Viva el apostol Santiago! ¡Acordáos de la batalla de Clavijo!

Estas palabras nos electrizaron; se oyó el grito de guerra de los maorís, lanzado por un joven rubio y alto que dijo ser teniente del ejército colonial inglés. Alguien rugió:

—¡Viva España!

Y yo, llena mi alma de los más nobles y patrióticos sentimientos, aullé sin poder contenerme:

—¡Viva el Empecinado!

—¡Vivaaa!—respondió un coro de cincuenta y cuatro voces.

Y con la fuerza incontestable de una ariete nos lanzamos a las seis



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿De dónde será este soldado?

—De aquí, mujer; ¿no ves que es un soldado de cota?

puertas que ostentaban en conjunto los dos coches.

Pero los viajeros que venían de la dirección «Vallecas» y que tenían el firme propósito de apearse en la Puerta del Sol, no se amedrentaron lo más mínimo. Era una masa anónima sin jefe visible, pero ya es sabido que los grandes generales nacen en los campos de batalla. Y al apreciar nuestra belicosa actitud, un albañil, que regresaba de su trabajo, y bajo cuya vieja gorra alentaba una energía napoleónica, se puso al frente de aquella patulea sin brújula militar. Sus órdenes, breves y tajantes, no se hicieron esperar.

—¡Refuerzos a la puerta del centro!— gritó— ¡Que se sostengan en su puesto los de la izquierda y todo irá bien!...

Temimos que su estrategia nos venciera, porque estaba claro su propósito de intentar una salida por la puerta de la derecha, en donde nuestras tropas eran débiles por abundar los empleados del Ministerio de la Gobernación. Pero allí estaba el señor de la perilla para evitar la derrota.

—¡He luchado en Cuba! ¡Estuve en el barranco del Lobo, y sé lo que ha de hacerse! ¡A ver! ¡Mi ayudante!...

Se le acercó un botones del Círculo de Bellas Artes el cual recibió una orden en voz baja. Y pronto vimos al muchacho que se dirigía al otro coche, atacado rudamente por los nuestros al mando del teniente del Ejército Colonial.

La eficacia de las órdenes se hizo sentir al punto. Tres mecanógrafos de Hacienda se destacaron del ataque al otro coche y reforzaron notablemente la puerta de la derecha dándole puntapiés a los que pretendían salir.

La lucha era feroz y enconadísima; algunos contemplaban el combate con ojos de espanto; otros nos animaban con gritos y ademanes.

El albañil, convertido en general en jefe de las fuerzas sitiadas, inició una dura ofensiva que estuvo a punto de lograr la salida del ejército encerrado en los coches.

Pero el señor de la perilla nos arenó vibrantemente:

—¡Ciudadanos! —clamó— ¡El último esfuerzo y son nuestros! ¡Acordaos del ataque a Verdún y a Charle-roi! ¡Hurra por la victoria!

Un terrible hurra, salido de todos los pechos, le respondió al punto.

Nos lanzamos a las puertas furiosamente, con el ímpetu de un huracán. Los de los coches no pudieron resistirnos y retrocedieron. La masa ululante de nuestro ejército entró en los coches, rompió las puertas fronterizas y todos caímos a la vía, llevados de nuestro heroísmo.

El tren se puso en marcha en aquel mismo instante, llevándose hacia Cuatro Caminos al albañil y a sus agiradas tropas.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Fruta del tiempo

XXXI

Sin temor al Directorio, fanfarrón y echando lumbre, llegó ya Don Juan Tenorio a decirnos, «amatorio», lo que tiene por costumbre, y también el mismo día tan fanfarrón como aquél, acudió Don Luis Mejía a buscarle en la hostería ya famosa, de *El Laurel*.

Sentados en sendas sillas, vaso a vaso y cara a cara, desbordáronse en quintillas muy sonoras, muy sencillas, con cinismo, con voz clara, en tono afable y cortés y hablándose ambos de vos, con el único interés de demostrarnos cuál es más granuja de los dos.

Contaron sus aventuras con ademanes muy fieros, y refirieron locuras, tracciones y travesuras impropias de caballeros.

Doncellas atropelladas, claustros que escalan airados, homicidios, estocadas, cien conquistas de casadas y cien maridos burlados.

Para ellos fué decisiva cualquiera empresa de amor, y en su red cayó cautiva «desde la princesa altiva a la hija de un pescador».

Estas, y otras mil lindezas que, como siempre, contaron, pruebas son de sus proezas, proezas que en las cabezas de las niñas se grabaron, y había después que ver por la noche, ¡con qué afán soñaba toda mujer que se dejaba querer en los brazos de Don Juan!

¡Pobres muchachas! ¿No véis que todo aquello es vileza y con lo que oído habéis sólo en peligro ponéis vuestra virginal pureza?

Y vosotros, lechuguinos del fox-trot y la morfina ¿queréis lograr, libertinos, por semejantes caminos el amor que hoy os domina?

—¡Jamás,—oigo que decís— sería yo tan rufián! ¡Para escarnio del país ya nos basta con Don Luis y nos sobra con Don Juan!

No me importa un abalorio lo que se resuelva al fin, ¿pero qué hace el Directorio que deja en paz a Tenorio mienras persigue a Abd-el-Krim?

FIACRO YRÁYZOZ



Dib.
PEDRERO
Madrid.

—Me ha dicho Lupita que has perdido diez mil pesetas en Monte-Carlo.

—¡Ph! Ya sabes que la Lupita aumenta siempre las cosas.

COLECCIÓN DE EPÍSTOLAS

CARTA DE UN POLLO "BIEN" A UNA CHICA "MEJOR"

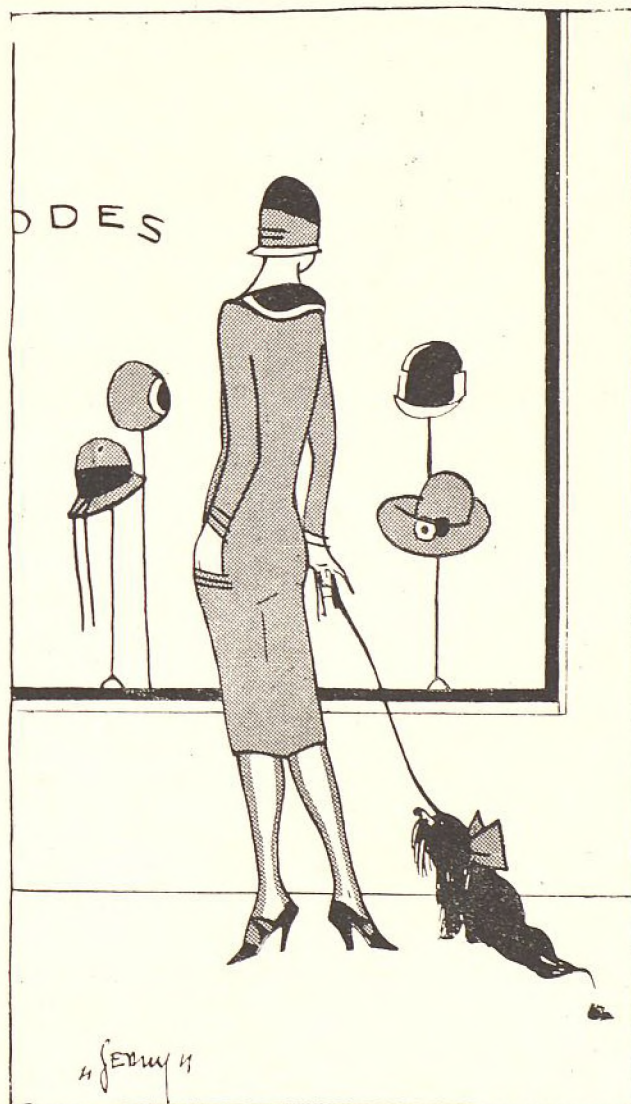
«...Será usted mi salvadora
si accede a lo que la ruego;
será usted mi Providencia,
será usted mi Dios, mi cielo,
mi paño lagrimeante,
pues de usted todo lo espero.
En este trance tan duro,
tan atroz en que me encuentro,
en usted sólo confío
y a su compasión apelo.
Considere, señorita,
si su piedad intereso
cuán grave será la causa
que produce tal efecto.
Yo pensé hablar a su padre
pero, la verdad, me temo
que al saber mis pretensiones
me mande a tomar el fresco
o me mande a Cercedilla
cosa fea en el invierno,
o me mande a cualquier sitio
feísimo en todo tiempo.
Y por eso, señorita,
que me ayude es lo que quiero
para ver si entre los dos
conseguimos convencerlo.
Es peliaguda la cosa
y yo suplico por eso
que usted me ayude, Lolita,
porque si no, no hay remedio.
Será para mí una ganga,
será un delicioso sueño,
será un placer formidable,
será colmar un anhelo
que me priva de reposo;
y si a conseguirlo llego
veré mi afán coronado
con la ventura del éxito.
Yo le juro, señorita,
que me va la vida en ello
y que sólo con su auxilio
tal felicidad espero.
La dicha, el placer, la vida,
la fortuna, así definiendo.
Si usted no me compadece,
voy a perder todo eso
y moriré por su culpa
entre atroces sufrimientos.
Lolita, en su casa vivo;
muy cerca de usted me encuentro;
si algún afecto me tiene

apoye usted mis deseos;
y la suplico que quede
entre los dos el secreto,
y usted perdone, Lolita,
de mis frases el misterio.
.....

Todo está malo, muy malo,
y yo ando mal de dinero,


¡Recomiéndeme a su padre,
interponga usted sus ruegos
a fin de que me perdone
los diez meses que le debo,
pues si no me los perdona
yo no sé que vá a ser esto...!»

Por el trabajo de copia,
NÉSTOR O. LOPE




Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Me gustan todos, pero la verdad, el café me quita el sueño!...



BAMBALINAS

DIABLAS Y TRAISTOS



En Lara, «El marido de la estrella»

En Lara, traducida por D. Manuel Linares Rivas, se ha estrenado la obra de Nozière que lleva por título *El marido de la estrella* y debería llamarse *La Escuela de los Maridos*.

Un compositor de música está casado con una actriz de zarzuela. El es pobre, pero ella es rica, muy rica; así se le parece, al menos, a su marido y... a otro, al empresario. Ella quiere, sin duda, a su marido, pero —modestísima— no le parece a ella que es bastante rica aunque otra cosa crea su marido y hace caso al otro, millonario.

El músico vive encantado con los milagros económicos que hace su mujer; siempre encuentra lo que quieren, alguna almoneda y lo encuentra diez veces más barato de lo que vale sin que note el de las notas que aquella almoneda providencial es la Almoneda del diablo, almoneda que tuvo gran éxito en sus tiempos y que sigue actualmente logrando reposiciones brillantísimas.

En el segundo acto sospechó ya el esposo, encontrándose pruebas alarmantes; pero la mujer sabe engañarle mintiendo explicaciones que el músico —poco vivace— se traga fácilmente. Y es que para tragarse lo que sea no hay como tener apetito. Y el músico lo tiene; porque su señora es apetitosa.

En el tercer acto, el esposo al fin, descubre todo y, presa del asco y de la desesperación, se ciega y... toma una determinación de teatro: fingir ante todos que es un sinvergüenza que consiente y que se aprovecha; hacer la comedia de ser lo que muchos se han estado figurándose antes que ya era: un fresco el marido; un vividor aprovechado. De aquí algunas escenas tragicómicas hasta que acaba por fin yéndose, asqueado, con gran desesperación de la mujer que al verle marchar cae al suelo, desvanecida.

Esta obra, ¡oh, Teófilo!, nos hace ver, entre otras cosas, cuán calamitosa es la profesión de artista músico. El músico tiene una ópera y tiene una señora; la ópera es magnífica, pero la señora también; y, puesto a buscar empresario, editor responsable y demás, encuentra quien opina que la *ópera magna* es la señora. Y opera con la ópera como es costumbre y es forzoso

que opere; pues ya sabes, amado Teófilo, que en las óperas y en todas las composiciones musicales en general uno es el que imagina y otro el que ejecuta. La presentación es cosa del empresario; él se encarga de la postura en escena a todo lujo. Y de la postura depende casi siempre el esplendor económico. Por algo se dice de quien vive con dinero en abundancia que está «en buena posición» y que vive «con desahogo».

La actitud del público todo, ante las diversas vicisitudes de la comedia fué curiosa, y nos iba sugiriendo peregrinas consideraciones de psicología comparada—mal comparada—. En el segundo acto hubo marejada de fondo. Al ver mentir a la señora con aquel cinismo y al ver que el bueno del músico tomaba en serio el *raconto*, unos se indignaban y otros se reían. Las señoras casadas se escandalizaban contra ella; estaban, desde hacía rato, enviándola los trajes, y en cuanto encuentran ocasión, la ponen verde. Los esposos se indignan contra el esposo. «Es inconcebible—dicen—que ese hombre no note nada. Esto es inverosímil.» En el fondo lo que quieren decir es: «No se figuren, no se vayan a figurar que yo puedo estar en este caso. Yo lo notaría.» Los solteros, en cambio, se ríen. «¡Vaya un primo!»—dicen—. No saben ellos que hay filtros de este agua para todos los usos domésticos y que puede que el día de mañana se beban este agua, pero, ¡cómo!, a caño libre.

Nosotros, ¡oh, Teófilo!, no sabemos a qué carta quedarnos. Parece que en esta obra se presenta el conflicto entre la música y el sastrer; entre el arte y el lujo. Pero no; se presenta el conflicto entre dos lujos: entre el lujo de la inmortalidad y el lujo de la buena vida. El lema de él es: «¡Todo musical!»; el lema de ella: «¡Todo es musical!» Este conflicto es consecuencia de haber considerado el matrimonio como un negocio y un *modus vivendi*. No digo yo que no lo sea; lo es, en muchas ocasiones; pero si lo es, nadie se extrañe de que siga este negocio los mismos pasos graduales que han seguido las finanzas todas, y acaben con el sistema de asociación comanditaria. El matrimonio es un castigo, es una expiación; es una amargura—amargo en dulce, si queréis, como la verdadera mermelada, la de naranjas amar-

gas, a la inglesa—, pero mermelada para el te, de todos modos: para darnos el te. Quien quiera tomarlo así, se salvará; pero aténgase a las consecuencias. No se queje.

Muy bien todos los actores de Lara; especialmente el Sr. Tuhiller, en el difícil tercer acto. La señora Gelabert, como para dedicarse uno a músico desde mañana.

En el Infanta Isabel
«Colonia de lilas».

No somos nadie; pero nadie. Yo creía haberme librado de ciertas personas en la vida, pero fui a ver *Colonia de lilas* e ingresé en la Colonia. Pero ¡cómo!

Supongo que ustedes ya sabrán que en el mundo hay pollitos bien, y novias de los pollitos bien, y amiguitas de los pollitos bien y padres de los pollitos bien y de las novias de los pollitos bien.

Sabrán ustedes que los pollitos bien frecuentan por igual —mitad mitad— las reuniones cursis de sus novias y las verbenas nocturnas de sus amigas. Sabrán también que los novios tienen siempre cuando quieren irse «a la Cuesta», un amigo enfermo que velar, una reunión para tratar de negocios, etcétera, etc.; que las novias no se lo creen nunca; que se enfurruñan, que se indignan, que regañan; que les dicen a los novios «¡Vete, vete!... vete con ella!»... y que cuando el novio se ha ido, lloran y sollozan exclamando: «¡Se fué! ¡Se fué!» Sabrán que en llegando el verano las novias de este tipo se van a veranear a cualquier pueblecito, ya de sierra, ya de mar, —pues son anfibias— y que las amigas pecadoras se estrellan camino de la cuesta ante dicho, ya en el auto ya en la moto. Sabrán ustedes que los pollos acaban por dejar a la pecadora H o B y acaban por casarse con alguna de las novias que les dijo «Vete... vete» pero que está desecha si no vuelve. Sabrán que los papás y mamás de estas niñas suelen ser gentes pintorescas que aburren a Dios padre, porque todos hablan igual y dicen las mismas tonterías como si fueran, en vez de personas, discos de gramófono; es a saber, unas cosas de substancia negra —ni gris siquiera, negra— que repiten siempre las mismas cosas y del modo que más

molesta a los oídos y más ataca a los nervios.

Bueno, pues yo estaba relativamente orgulloso porque iba escapando de la vida sin que me hubiera dejado coger por ninguna reunión de niñas y pollos, por ninguna novia de éstas, por ninguna juerga nocturna, por ninguna colonia veraniega.

Mi palabra. Yo tengo en mi haber cada tontería y cada disparate que tiembla el Credo. Pero conciertos de gramófono a pie firme, ¡les juro que eso no! Yo con pollitos de esos, ¡en la vida! Yo novias, lo que se dice novias de enfurruño, me contento; y de «no te podré querer ya nunca .. Papá, papá, ¡se ha ido!... ¡que vuelva, sí, que vuelva...»; novias de esas de «Me ha dicho que te han visto ayer con una rubia... Ahí te devuelvo el abanico con el verso y el camafeo que me regalaste para que te guardara el bigote cuando te afeitaste del todo...»; novias de esas no tuve jamás. Expediciones y tertulias tenorioscas con damas pecadoras que hablan del amor y el desengaño, que hablan del que los perdió, y divagan acerca de la ilusión con frases aprendidas en las novelas psicológico-eróticas y erótico-sentimentales de estos tiempos, yo ¡Deo gratias! no tuve tampoco aventuras de esa clase en esta vida. Yo, puesto a ser pillín, me atendería a la fórmula expedita de «Llegar y besar el santo»; pero días y días de divagación novelesca, ¡francamente!...

En cuanto a las tertulias de papás y mamás, ¡para qué voy a decirles! Yo he veraneado mucho en la sierra, pero ¡intervenir voluntariamente en las tertulias de «aquí se duerme con mantas», «aquí con sólo respirar ya está uno alimentado», «sólo por las aguas que hay aquí se puede dar dinero», «por las noches se ve Madrid», «no carecemos de nada», «dicen que en San Sebastián se están asando», «ha dicho don Fulano que si en Suiza tuviesen esta sierra...»; dejar yo que me cogieran por su cuenta estas letanías, ¡quí! He tenido siempre, loado sea el Altísimo, mucho que trabajar y no he podido disponer de tiempo suficiente para caer en esas tentaciones.

Pero hete que Fernández del Villar —¡pérfido!, ¡so pérfido!—estrena en el Infanta Isabel una comedia, *Colonia de lilas*, que trata de todo esto y que es la verdad misma. Lo cual quiere decir que he tenido que estar tres horas a pie firme aguantando a los pollos bien, conmoviéndome con sus novias; escuchando a la pecadora poco antes de partir para la cuesta; y tragándome entera, entera, entera, la tertulia veraniega de «las mantas» y el «aquí no hace calor, aquí sí hace calor».

Había jurado que no me pillarían... Y me han pillado. No se puede decir de este agua no beberé. Esta vez ha sido



ROSITA DÍAZ GIMENO y JOSE CRESPO, del teatro de Eslava, bailando, de frack, un baile a la americana.

el agua de colonia y estoy... ¡estoy que ardo!

ENTREACTOS

Se encuentran en medio de la calle un escritor famoso por sus constantes agudezas y su médico.

—Hola, doctor.

—Hola, ¿qué tal va?

—Ya ve usted, constipado.

—¿Y cómo no? ¿Por qué no se abrocha el gabán? Abróchese inmediatamente.

El escritor es aprensivo y se informa acerca de las precauciones que deberá tomar contra las epidemias reinantes, sin dejar de soltar el doctor algún que otro chiste de los suyos.

Tres días después recibe el escritor una cuenta del médico:

Por una consulta en mitad de la calle..... 5 francos
El escritor contesta enviando al doctor otra factura:

Por haber dicho un chiste al doctor X..... 5 francos
Por haber esperado a que lo entendiera..... 5 —

Total..... 10 francos
A deducir 5 francos por una consulta..... 5 —

Líquido a favor mío. 5 francos

MANUEL ABRIL

EL POBRE JACOBO

El pobre Jacobo es el héroe de esta historia; y llamámosle héroe porque para nosotros no existe más sublime heroicidad que la de vivir sin comer y, a la risueña hora en que todos yantan, departir con las Musas, llenando de versos la sórdida mesa vacía de garbanzos... Nuestro héroe, pues, es poeta... Su tipo es una pincelada quevedesca, sin grandeza y sin bizarría, encorvado por el hambre, aunque a ratos, envolviéndose en la sutil llama de la inspiración, se yergue con la mentida apostura de los bufones.

El pobre Jacobo es un poeta sin amores. Cuando mira a las bellas parece como que sus miradas miserables pordiosean las miradas hembras como un óbolo caritativo... Yo creo que si ese hombre sabe lo que es un beso es porque lo ha robado...

Jacobo sale un día de su guardilla y empieza a vagar por las calles, afilando imaginativamente su *sable* que, en ocasiones, es tajante y certero, aunque las más de las veces es romo y torpemente inoportuno. El pobre de nuestro cuento hál'ase, al cabo de penosa jornada, en una avenida entre popular y aristocrática por donde circulan algunos charolados carruajes y pasan y repasan furibundos autos, avisando a los transeúntes con roncós bramidos demoníacos, que no se dijera sino que una estupenda orgía de furias infernales se ha adueñado del paseo. Jacobo se detiene ante un banco, al que sombrea amorosamente un poderoso árbol de las vertientes del Líbano, y allí se

desploma, aspirando a pleno pulmón el aire embalsamado por el egregio aliento de la Primavera; y tales y tan elocuentes gestos de delicia hacen sus pupilas mansas y sus labios exangües, que estamos por creer que Jacobo, poeta más que nunca, se está desayunando con olor de rosas. A la par que amenizan su original banquete unos pajarillos músicos, orquesta de *tziganes* de la Naturaleza, que bohemios como él, cantan y cantan sin saber del mañana.

Pasan en esta donosa tarea las horas, y allí permanecería aún nuestro héroe, a no haberle hecho variar de postura la inopinada presencia de una elegante peripatética, de nevadas carnes, de suavísimas líneas, de armonioso conjunto, sonriente como los robustos querubes de las pinturas profanas, que desvergonzadamente reclinada sobre los almohadones de su coche ha dirigido a Jacobo una miradilla compasiva que él ha tomado a título de descomado requerimiento, poniéndose del color de las cerezas, y marchando en pos del carruaje de la bella (tirado por espléndido tronco, que es hoy lo verdaderamente *chic* ante el bolchevismo del taxímetro), que avanza meciéndose perezosamente como un tren oriental.

Breve la jornada, los caballitos grises se detienen y la arrogante furcia salta a tierra, luciendo en toda su marcial bizarría su cuerpo serpentino, y sus pantorrillas Mistinguett, perversamente subrayados por un traje en el

que a mil leguas se ve la firma casi prócer de M. Paquín. El coche ha hecho alto ante la portada de un *dining-room* de moda, de arquitectura futurista, atestado a la hora presente de gastrónomos nobles, de empleados gordos, de damitas dudosas, de bolsistas en éxito y de simples ricos, más o menos nuevos, de fisonomías crasas y estúpidas.

La bella entretenida penetra en el exótico restaurante y llega saltarina hasta una mesa donde un caballerete inclasificable se distrae con los entremeses pretendiendo sofocar su impaciencia. El momento del encuentro es deliciosamente anacrónico. El sedoso de sus sombríos atributos, alegrando su rostro en placentero desmayo, y ella le envuelve en mareante serie de miradas cálidas y caricias furtivas que escandalizan a Jacobo, quien, al atisbo de un algo inesperado, acecha desde la puerta con gesto de moralista inexorable.

—¡Es una cita! —murmura—. ¡Estas mujeres son las que viven! ¡Quién fuese mujer, y además guapa!... ¡Y qué manera de comer! ¡Cómo te estás poniendo de carne, oh feligresa de Venus, oh vestal que avivas el profano fuego de la pasión bruta, oh truhanesco y vergonzante engendro del amor de una Mesalina chamberlera y un Lúculo inclusero!.. ¡¡Pua!... ¿Pero, qué veo?... ¿Pues no se están abrazando en este momento, y a hurto del camarero necio?... ¡¡Miserables!!...

Una hora de espera sufre Jacobo escudriñado, alerta, la salida de sus recientes amigos, pero no sabemos por qué obscura razón o por qué inexplicable magia, el que sale es únicamente el galancete, rebotando alegría como si hubiese resuelto el arduo problema de la felicidad.

El pobre Jacobo le detiene, inspirado por una idea gallarda y original, y le habla con todo el descaro pintoresco y un tanto lírico de que es capaz un poeta que no come, para solicitar una limosna, con un sutilísimo encaje de palabras bellas y pensamientos vaporosamente lindos...

—¡Caballero! —dice al Tenorio, que abre la boca mostrando no escaso estupor—. Usted es un elegido de la Fortuna. No es dudable mi aserto al contemplar ese rostro, plétórico de placer, que semeja una brillante amapola. Acaba usted de hacer trizas con sus dedos nobles una quizás no pequeña suma por satisfacer la exigencia material de un instante. Ante usted gime ahora su desventura un desheredado y tal vez no logre usted calmar sus ansias por carecer de la preciosa palanca de la vida, del oro villano y rarísimo que



Dib.
BURAÑES
Alicante.

UNA QUINTADA

—¿Por qué te paras si no he mandado ¡alto! ¿Eres tonto?

—No, mi teniente; yo soy Rufino Regúlez. Tonto debe ser ese de mi lado.

acaba usted de disolver en tan insensatas andanzas... No obstante, me atrevo a pedirle un exiguo recurso con el que colmaré de dicha mis vísceras desiertas, a saber: un corazón sin amores y un estómago sin alimentos; y el tal recurso exiguo valdrá a usted, porque yo siempre pago los bienes materiales con mercedes simbólicas, una no mezquina serie de bendiciones, de gracias, de humildades, de servicios y de buenas memorias...

El caballero, ante tan abrumador cuanto claro discurso, no halla más medio de zafarse del político importuno que deslizar en sus manos una moneda de cinco pesetas... ¿Esplendidez? ¿Borrachera? ¿Locura? ¿Lástima del mendigo poeta? ¿Admiración por el poeta mendigo? ¡Dios lo sabrá! ¡Es un arcano como muchos otros!

Apenas Jacobo ha dado el primer alarido triunfal pregonando su ventura y ha lanzado su primera bendición al bienhechor que se aleja, se detiene ante el sospechoso restaurante una *charrette*, arrastrada por un alazán pequeño y pifador, y desciende sobre el peristilo la bizarra figura de un *sportman* aristocrático, de pelo rojo y enhiestos bigotes, que, después de lanzar en torno furtiva mirada recelosa, se dirige al suntuoso comedor, descompuesto y anhelante.

Jacobo, estupefacto, contempla cómo el nuevo comensal y la hermosa compañera del anterior anfitrión se aprietan las manos, en frenético saludo, y se disponen a almorzar tranquilamente como si no hubiese pasado nada.

Y Jacobo medita:

—¡Otro! ¡Es la historia que se repite! ¡Es el absurdo que manda! ¡Es la imposibilidad que se hace posible!... ¡Resumen práctico: que este bárbaro que ha entrado no se escapa sin otro sablazo como el que propiné a su antecesor, y que esta mujer tiene un estómago que, en la situación en que me encuentro, no lo quisiera para mí!...

—¡Ah! ¡Gracias a Dios! ¡El de los bigotes! ¡Ya sale! ¡Y, al parecer, toda vía más satisfecho que el otro!... Yo me acerco, y Dios dirá... ¡Caballero! ¡Usted perdone mi osado atrevimiento! ¡Usted es un bien amado de la veleidosa Fortuna, a juzgar por la plétora que en su rostro se denuncia con fuertes tonos de vida! ¡Acaba usted de echar al lodo quizás un capital por proporcionarse un instante de engañoso halago! ¿Podrá usted calmar los anhelos de un paria, remediando su angustia con el dorado bálsamo de la fraternidad? ¡Crea que, si tal hiciere, tendría en mí los más tiernos recuerdos, las más francas bendiciones y las gracias más rendidamente prodigadas!...

El caballero rubio requiere un bolsillito de plata y contesta a tal granizada

de lloronas preces con una moneda que refulge vivamente en las manos de Jacobo a las caricias del sol...

—¡Cinco pesetas!—grita el desventurado—. ¡A qué poco precio es feliz un alma y con qué livianas ayudas se contenta un cuerpo!... ¡¡Comamos ahora y soñemos!!...

Y se resuelve a abandonar el campo de sus proezas, camino de un figonesco refugio donde matar gentilmente sus hambres con la décima parte de su capital. No bien ha andado tres pasos cuando siente detrás de sí el blando crujido de unas faldas. Vuelve la vista, presintiendo...

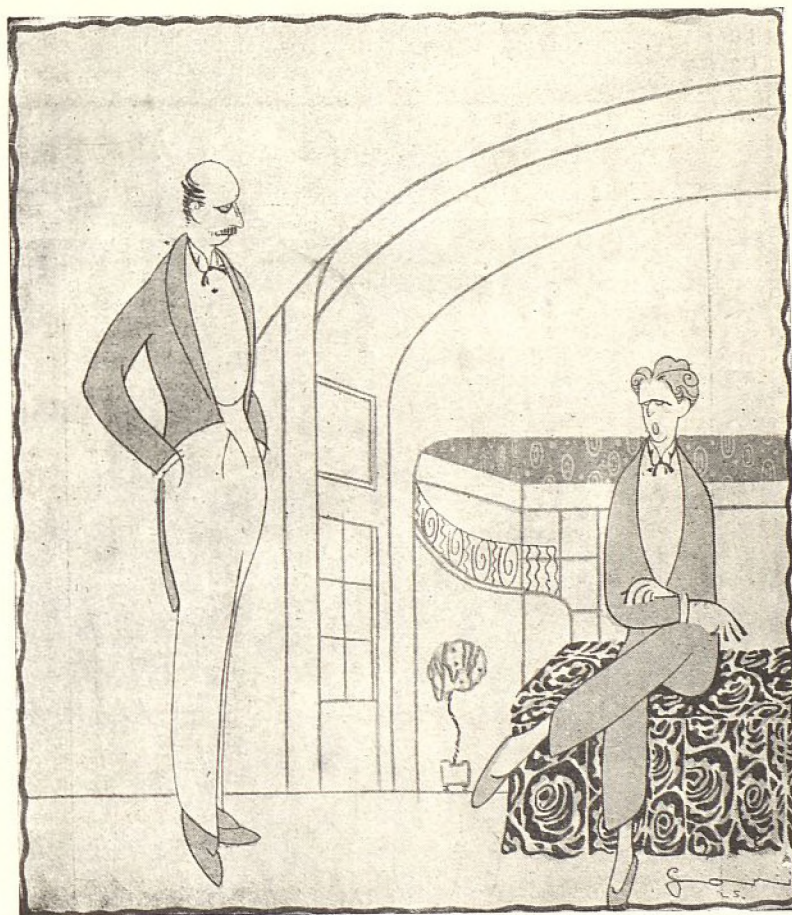
—¡Ella!—dice.

Y abre calle para que pase la precio-

sa truhanesa que, por carambola, le ha hecho dichoso aquel día.

—¡Es una cosa seria de bonita!—murmura—. ¡Y debe de tener talento! ¡Cómo envidia en este instante a esos dos imbéciles!... Y bien mirado el asunto, ¿qué tienen ellos de superior para que esta estupenda y helénica ciudadana les conceda el honor de su amistad? ¡¡Dinero!! ¡Caramba, pues si el dinero es el todo, yo soy rico hoy! ¿Por qué no atreverme?... Yo la llamo... La tocaré suavemente en un hombro... ¡Así!... ¡Señorita! ¿Me haría usted el obsequio de no molestarse si me permito invitarla a comer conmigo?...

ERNESTO POLO



Dib. GORI.—Madrid.

—¿Y... se casaría usted con mi hija si yo no le diera ni un céntimo de dote?

—¡Oh! No le quepa duda.

—Pues entonces, joven, le niego a usted la mano de mi hija, por idiota,

LA ORTOGRAFÍA

¿Sirve de algo la ortografía? Me es muy doloroso responder negativamente. Fuera de aquellos servicios que presta evitando anfibologías y estableciendo diferencias entre palabras que, a no ser por ella y a despecho de su significado, se escribirían igual, la ortografía es, a mi juicio, algo perfectamente inútil.

Yo no tengo prevención ninguna contra las cosas inútiles. Ante ellas no es la indignación la actitud adecuada ni el desprecio tampoco, sino la conmiseración, una conmiseración benévola e indulgente. Yo no hablaría mal de la ortografía si ésta se limitara a gozar de existencia propia, inmiscuirse en la mía ni perturbármela con sus preceptos enojosos, como nunca hablaré mal de los taxis de 1,25 pesetas el kilómetro, por ejemplo, porque ni me obliga a que los alquile yo, ni nadie se reirá de mí porque prefiera los de 0,40 pesetas.

Pero la ortografía no ha sabido resignarse a la pasividad que siempre debió corresponderle e invadiendo los extensos dominios de la palabra escrita se ha hecho responsable de estruendosas carcajadas, de perplejidades terribles y de suspensos.

Dos procedimientos hay para aprender ortografía, o por mejor decir, para imaginarse que se aprende. Uno, el detenido estudio de las reglas ortográficas, otro, la asimilación intuitiva de sus cánones tras las copiosas lecturas. Aun cabe un tercer método, ecléctico, ingraduada mezcla de los dos primeros. Sin embargo, sigamos cual sigamos, la ortografía nos traicionará siempre. Muchas veces, las más sencillas palabras poseen la virtud de desorientarnos. Esas caprichosas alternativas para el uso de la *b* y de la *v* son desconcertantes y temibles. Porque los problemas ortográficos no admiten otra evacuación segura que el abruma-

dor recorrido de los diccionarios. Deudos y amigos son, por lo general, incapaces de resolverlos rotundamente. —¿Se escribe con *v* o con *b*?— se pregunta—. Con *v*—responden acaso después de una pausa—. ¿Estás seguro? —repetimos, entonces, para cerciorarnos. E, indefectiblemente el interpelado, vacila ya. —Chico, qué quieres..., me haces dudar... — ¡Le hace dudar...! ¡Claro! ¿Cómo no? Por qué ha de ser con *v* y no con *b*? ¿Por qué, ¡oh, Dioses!, ha de usarse la *h*? Los gramáticos se remontan a las fuentes de las lenguas en busca de razones con que argumentar pero, digan lo que digan, nunca conseguirán que cambie de opinión; creo que la *h* es una letra completamente idiota y, por si fuera poco, muda, la pobre de nacimiento. Todas las palabras en que forma cobran para mi aspecto de palabras mendicantes con cartelón que reza: —No lo puedo ganar.

Como siento por la ortografía el mismo desdén que Baroja, estoy decidido a desdeñarla para siempre. Mis conciudadanos podrán escribir sus artículos y sus cartas como quieran: nunca les criticaré, alabando, por el contrario, su independencia de espíritu si observo involucradas esas añejas reglas ortográficas, de que prescindiremos.

Desortografía no ha de ser infracción reiterada y alevosa de reglas si no despreocupación e indiferencia hacia ellas. Desortografía será un perpetuo encogerse de hombros. Se acabaron esas torturantes indecisiones dedicadas a la succión de manguilleros frente a las palabras con incógnita. Comodidad, primero que nada. Usted, ¿cómo escribe mejor, con ortografía o sin ella? ¿Con ella? Muy bien; continúe escribiendo como el más purista. ¿Sin ella? Pues a escribir sin ella. A mí, hasta ahora, me ha sido muy antipática la observancia de sus mandatos. Pero, de aquí en adelante y desde este mismo artículo, sabré saltarme a la torera tantos y tan fastidiosos convencionalismos. ¡Oh, qué placer, la libertad...! Haré con las palabras mil travessuras y seré como un chiquillo al que dan suelta en un jardín murado que apeteció mucho recorrer.

Acaso esta iniciativa merezca elogios y no quiero, todo humildad y modestia, que recaigan sobre mí como si me correspondiera su paternidad, no. Recaiga tan alto honor en algunos académicos y exministros antecesores míos, sin saberlo.

A su margen, yo practicaré sus enseñanzas. No quiero perder más tiempo: bôy a cumplimentarlas. ¡Hay! ¡Vienen save Dios con qué satisfacción...!

Juaquín CALBO SOTELO



DID. ROMERO ESCACENA.—Madrid.

—Pero doctor, ¿mi tío se muere o no se muere?

—¡Nada de eso; tiene una salud a prueba de toda clase de medicamentos!



Dib. AREUGET. - Madrid.

—Yo creía, Sisebuta, que con la media melena, no veríamos más pelos en la sopa.
 —Paíce mentira, señorito, que lo haya guipac, con lo cortisi, no que es!

EL TRANVIA, EL FILÓSOFO DESCONOCIDO Y YO

Tomé el tranvía como podía haber tomado un bock de cerveza: porque me dió la gana.

Siempre que me aburro, cosa que suele acaecer con dolorosa frecuencia, si hago algo, lo hago porque sí. Nunca sabremos por qué amamos a una persona ni por qué nos aburrirnos. Esta ignorancia nuestra sobre tan capitales cuestiones como son el amor y el tedio, se presta a largas disquisiciones filosóficas; profundas disquisiciones que prudentemente omitimos por un pudor muy explicable.

No sé si el tranvía que tomé fué un 3 o un 8 o un 51. Puede que fuera un 17 aunque no me atrevo a asegurarlo... El caso fué que tomé un tranvía.

Generalmente, cuando desde una revista humorística el autor de un cuentecillo o de una crónica nos asegura que ha tomado el tranvía, no lo hace tan desinteresadamente como en un principio pudiéramos creer, sino que lo hace con el decidido propósito de demostrarnos que las plataformas van siempre llenas de guardias o bien para comunicarnos confidencialmente el crecimiento desmesurado que experimentó su barba en el trayecto Cibeles-Puerta de Sol.

Otros escritores—me refiero a los costumbristas—han llegado a convencernos, a fuerza de tanto repetirlo, de que los tranvías de la villa y corte van siempre llenos de chulas madrileñas

que dicen frases ingeniosísimas a estudiantes de Medicina que las requiebran gentilmente. Mas sin embargo, si quiero ser sincero, debo declarar que, cuando monté en aquel tranvía, no iba en sus plataformas ningún guardia ni vi a ninguna chula madrileña ni yo era estudiante de Medicina.

A quien vi fué a un señor. Iba sentado frente a mí. Era gordo, pequeñito y rubio. Se hallaba situado al lado de un paraguas, limitando por la derecha con el cristal de la ventana y por la izquierda con un abultado paquete que reposaba a su lado. Iba debajo de un sombrero flexible bastante grasiento.

Me lanzó una dulce mirada y sus labios preludiaron una mueca que quiso ser una sonrisa.

Debo advertir que no pudo llegar a sonreírse del todo. Poseía una boca tan desmesuradamente larga que, para reír, debía de tener que poner en contracción todos los músculos de su sebosa cara y aun así difícilmente conseguiría que las comisuras de sus labios se elevasen hasta sus carrillos. Por tanto, debió de pensar en el continuado esfuerzo que tendría que realizar para sonreírme, y su delicada atención no pasó de ser un leve intento.

Yo se lo agradecí de todas maneras. Levábamos un rato de silencio, cuando de pronto comencé a percibir un ruido que, después de un detenido examen que de él hice, sospeché que

debía de ser producido por el susodicho señor. Efectivamente; el señor gordo me dirigía la palabra:

—Usted es riojano, ¿no?

—No, señor...; he nacido en Asturias... pero si usted quiere... —dije amablemente.

—No, no... Muchas gracias... ¡Es raro!... ¡Inexplicable!... Juraría que era usted riojano.

El señor grueso me contemplaba con aire de duda. Calló durante breves instantes. Luego, sin ningún motivo que justificase su actitud, me dijo con gran corvencimiento:

—La vida es absurda, créamelo... Mire usted: ese letrero nos dice que las mejores lámparas son las X; aquel otro nos asegura que las mejores son las Z. ¿A quién creemos?... Uno de los dos tiene que mentir... acaso los dos.

El señor grueso se sonrió con verdadera amargura. Continuó:

—Mire usted: «Se prohíbe terminantemente escupir en el suelo.» Y yo escupo.

Y escupió.

—«Se prohíbe fumar.» Y usted está fumando.

Tenfa razón; yo estaba fumando.

—La vida no tiene argumento. Yo soy filósofo, ¿sabe?... Por tanto, soy un desgraciado. He llegado a comprender el sentido ridículo de la vida. La vida es verdaderamente ridícula, caballero. Ejemplo: ¿Ve usted a aquel hombre vestido de azul, con un cuello morado, una refulgente placa en el pecho y un palito en la diestra?

—Sí; un guardia.

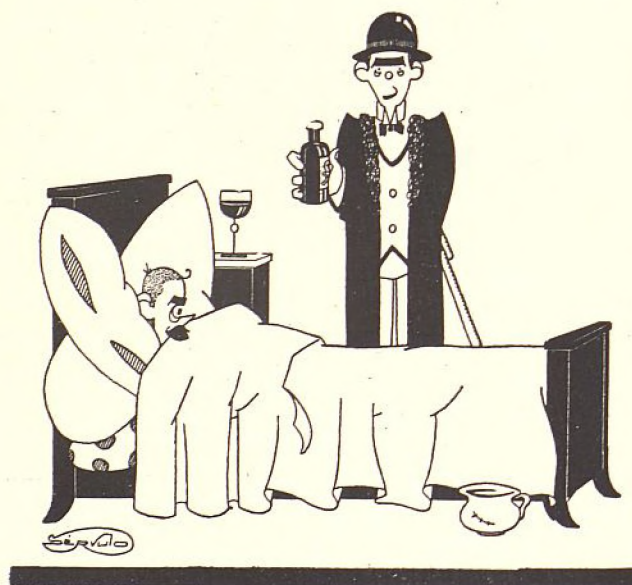
—Evidentemente, un guardia. ¿Me quiere usted explicar lo que es un guardia? ¿Defínamelo?

Hice un gesto francamente vago. Nunca me había preocupado en definir un guardia. El señor gordo, amablemente, me explicó:

—Pues bien; un guardia es un ser verdaderamente útil. Evita que los borrachos canten en la vía pública y toma el número a los automóviles que llevan excesiva velocidad. Sirven también para otras muchas cosas. Pero, ¿es que ese ser ha nacido tan sólo para eso? ¿Se hace usted cargo del enorme fracaso de esa vida? ¿No es idiota que un hombre haya nacido para ser guardia tan sólo y luego morirse? ¡Reconozca usted que es idiota esto!

No tuve más remedio que reconocer que aquello era idiota.

—Bien—continuó—; ese hombre se morirá y—¡oh, ridículo!—su tolete; ese palito que lleva en la mano derecha ha de sobrevivirle.



Dib.
SÉRVULO
Madrid.

El doctor.—Dentro de un momento echaremos un trago, ¿eh?
El enfermo.—¡Un trago! Pero, doctor, ¿usted viene a curarme o a emborracharse conmigo?

Nos llamamos. El tranvía iba dejando caer, como piedrecillas, los puntos suspensivos de sus timbradas. Un automóvil pasó veloz por nuestro lado. El señor gordo habló:

—¡Cómo corren! ¡Qué prisa tienen! Y ¿para qué? Según mis cálculos, la vida media de un hombre es de siete días. Lo demostraré con estadísticas.

Supongamos que vivimos cuarenta años, cincuenta... Veamos cómo y en qué emplea usted estos años: hasta los ocho, la vida del ser humano es meramente vegetativa. Se anda a gatas, se llora, se toma biberón y se rompen juguetes. Luego, a los diez, a los doce años, ese ser—llamémosle X García—ingresó en el Instituto. Le riñeron los

maestros... Tuvo que estudiar Agricultura... Suspendió latín... X García cumple diez y ocho años. Le salen diversos granitos en la cara; comienza la pubertad; supongamos que comienza a vivir. ¿En qué emplea usted las veinticuatro horas del día?

—En muchas cosas.

—Sí. De esas veinticuatro horas dilapida usted—X García—cuatro en desayunar, comer, merendar y cenar. Para poder hacer uso de esas cuatro horas, es decir, para poder comer, necesita usted estar trabajando por espacio de ocho horas. Nos quedan doce horas tan solo. De esas doce necesita usted ocho para dormir, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Pues entonces; le quedan tan sólo cuatro horas al día para poder gastárselas en lo que crea conveniente. ¿En qué las emplea usted?... Tres de ellas, más cincuenta minutos, las malgasta en cepillar el traje, sacar brillo a las botas, afeitarse, tomar café, sonreírse con aquella rubia que no le interesa, estrechar la mano de aquel mal amigo que habla siempre mal de nosotros y en otros quehaceres inconfesables. Vemos, pues, que al cabo del día tan sólo nos quedan diez minutos disponibles. ¿Qué hace usted de esos diez minutos? ¿Acaso los emplee usted en leerse una novela corta o, si sus aficiones son más líricas, en escribir un soneto que nadie ha de leer? Sumemos: al cabo de cuarenta años ha vivido usted siete días. ¡Una semana!... Y para vivir esa semana ha estado usted levantándose durante el largo espacio de cuarenta años a las ocho de la mañana, oyendo misa todos los domingos y fiestas de guardar y tomando el tranvía... La vida no vale la pena de ser vida.

Yo objeté tibiamente:

—Es que acaso la vida sea tan sólo eso: levantarse a las ocho de la mañana, cepillarse el traje...

—Nunca, amigo mío, nunca... Hay quien no se levanta a las ocho de la mañana ni se cepilla el traje; además... ¿Usted concede verosimilitud al Diluvio Universal?...

—¡Hombre... yo... francamente!...

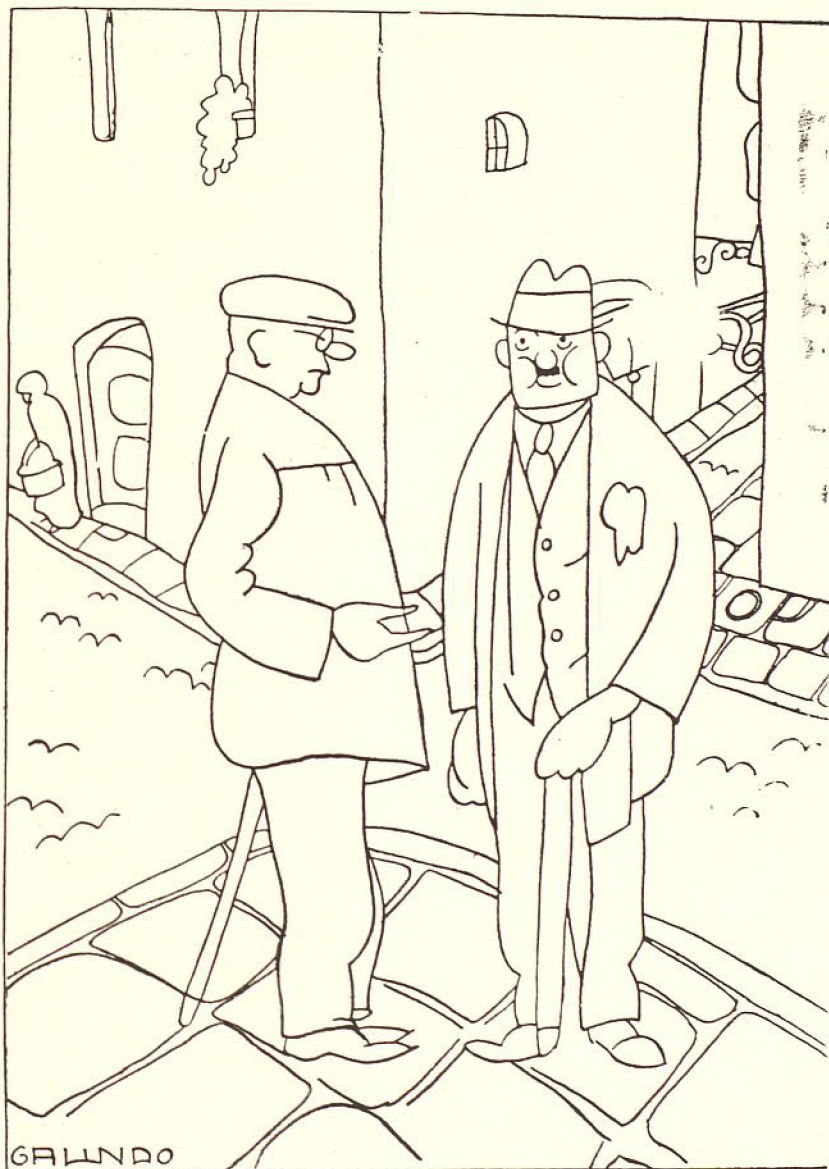
—Sí; usted concede verosimilitud al Diluvio Universal. Yo, no. Si Dios quiso con éste destruir el mundo por El creado, no pudo conseguirlo. ¿Envenenó las aguas? No. Los peces, ¿dónde viven? En el agua. ¡Entonces!...

Nunca logré explicarme este razonamiento final. Una vez que pronunció estas palabras, el señor gordo del sombrero grasiento se apeó del tranvía.

Le vi alejarse braceando cómicamente, andando a menudos saltos.

Empezaron a encenderse tantos faroles, que no tuvo más remedio que anochecer.

ANTONIO ISAAC



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿No se ha enterado usted? Al niño del señor Gabino lo ha atropellado un camión y lo ha partido en dos... El pobre Gabino está la mar de apenao...

—Pues me choca, porque a él siempre le han gustao mucho los medios chicos.

VERDADERAMENTE...

Bien saben ustedes
que se aplica ya
un suero que hace
decir la verdad;

mas quizá no sepan
que un tal Juan García,
gran aficionado
a las ciencias químicas,
mezclando ese suero
con no sé qué drogas
lo hizo más «volátil»...
que una mariposa:

muy fácil resulta
aplicarlo así,
pues al que el tufillo
le dé en la nariz
dice las verdades
a quien le interroga
aunque con decirlas
se juegue el gañote.

Loco de contento
con esa invención,
García un ensayo
hacer decidió.

Al ir a paseo,
cogiendo un frasquito

del suero volátil,
lo echó en su bolsillo.

Vió un amigo a poco;
del frasco de suero
tres o cuatro gotas
vertió en el pañuelo,
y al aproximarse
lo agitó un segundo
mientras le decía
en cordial saludo:

—¿Qué tal, buen amigo?
Muy risueño el otro
respondió:—Anhelando
que se marche pronto,
pues sandio, pesado,
necio e importuno
como usted, no ha habido
jamás en el mundo...

Ante esos piropos
huyó por no oírle.
Fué luego a un comercio,
pidió calcetines,
y cuando las cajas
sacó el dependiente
con el pobre chico
repitió la suerte:

—¿De seda...?

—Así dice

aquí la etiqueta;
pero solamente
tienen la apariencia;
se rompen muy pronto;
le saldrán muy malos;
mas casi el sesenta
por ciento ganamos...

Salió del comercio,
entró en un café,
y allí hizo otra prueba
del líquido aquel

diciéndole al mozo
con voz quejumbrosa:
—Café no tenemos,
¡es sólo achicoria...!

Tornó a casa lleno
de desilusión,
y al dejar el frasco
se le derramó;

esparcióse el suero
con aquel percance
y su hogar tranquilo
se infestó al instante.

Fué junto a la esposa
carifio buscando,
y estas breves frases
cruzáronse ambos:

—¿Me quieres, vidita?
—Te voy a decir
la verdad; ¡estoy
muy harta de tí!

El, ya contagiado,
repuso:—Mujer,
pues... ¡archi-aburrido
estoy yo también!

Y por vez primera
el hogar feliz
vió armarse, de pronto,
la de San Quintín...

Por eso la fórmula
rompió Juan García;
porque las verdades
amargan la vida.

Decirlas, no es cosa
difícil en sí;
¡lo malo es que pocos
las pueden oír!

M. A. CALVO ROSELLÓ



DEL BUEN HUMOR AJENO



HISTORIA DE UNA MUJER DELGADA

POR A. WARNOD

Hay niños que nacen en coles. Cerisette vino al mundo en un alfilerito; por lo menos así se asegura, porque antes de nacer era tan insignificante que su madre no pudo precisar nunca cuándo iba a darla a luz.

Pasaron los años sin que lograra engordar. Para evitar que se escapara a jugar a la calle, no sólo había que tapar el ojo de la cerradura, sino que era necesario poner gruesos burletes debajo de las puertas y de las ventanas.

En el colegio no hacía sombra a ninguna de sus compañeras; claro que esto le era imposible. Sin embargo, al final del curso ganó el premio de la historia de Grecia. El inspector escolar que debía entregarle el diploma y ceñirle solemnemente la corona de laurel, al subir al estrado pensó que se querían reír de él. La corona se caería al suelo pasando por todo el cuerpo de la niña. Gracias a que ésta vió un agujero de ratón en el tabique junto al

suelo y allí se ocultó toda avergonzada.

La niña sufría cuando se reían de ella y, en atención a esto, todos la querían en el barrio.

Llegó la edad de los amores. Para obedecer a la ley de los contrastes, Cerisette se casó con el señor Ragon-dín, que era bajo y muy gordo, redondo como una bola. Hacían una pareja ridícula, y cuando salían juntos, todo el mundo tenía algo que decir. De le-

jos se los tomaba por un ovillo de lana, acompañado por una aguja de hacer media.

El ridículo mató al amor en el corazón de Cerisette, pero no en el de Ragondín, el cual cada día que pasaba quería más a su delgada esposa. Para evadirlo, empleaba ella mil estratagemas. Cuando llegaba él a la casa se desizaba en una funda de foirgrás y de fil en un rincón del recibimiento; dejaba que su marido la buscara en vano por todas las habitaciones. Un día estuvo a punto de ser sorprendida. Ragondín subía las escaleras al mismo tiempo que ella bajaba, pero no perdió su sangre fría. Arrancando el cordón de una campanilla, se colocó en su lugar y Ragondín, sin advertir el cambio, asió a Cerisette por el tallo y tiró haciendo sonar la campanilla.

—¿No ha visto el señor a la señora? —dijole la criada—. Acaba de salir... La muerte de Cerisette no fué más alegre que su vida. Pereció cobardemente asesinada, una noche en el teatro, en momento en que se quedó apoyada contra la pared del foyer, dejando que saliera la gente ya terminada la función. Una acomodadora, tomándola por un paraguas olvidado, le puso una cuerda al cuello y la colgó en el guardarropa, después de haberle atado al cuerpo un cordón rosa, del cual pendía un cartón verde con un número. ¡Pobre Cerisette!...

ESTRATEGIA

POR J. JEFFERSON FARJEON

«¡Dios mío!» exclamé de pronto. «¡Me han robado la cartera!»

Un joven que estaba enfrente de mí en la plataforma me miró con cara de lástima.

—¿Está usted seguro? me preguntó.

—«Sí, completamente seguro», respondí palpándome el costado izquierdo.

—«Recuerdo que entré en una tienda en donde compré unos tirantes. Me cambiaron un billete de una libra... Eso fué momentos antes de tomar el tranvía...»

La mirada del joven con quien yo hablaba revelaba cada vez mayor inquietud. Me apresuré a añadir:

Apostaría a que me la han robado al subir al tranvía. Recuerdo que uno me pisó. ¡Tonto de mí! Cuando me pidió perdón yo pensé que era por el pisotón y era por la cartera.

—¿Y llevaba usted mucho dinero? me preguntó el joven.

—Hombre, dinero... No, recuerdo que no llevaba ningún dinero. Pero tenía algunas cartas de mi mujer que me interesan...

—Mala suerte, murmuró el joven.

—Sí, tengo un gran disgusto. También guardaba un retrato de ella. Como no se puede esperar que un compañero

de viaje participe de esos sentimentalismos de uno y la conversación se hacía ya pesada, reaccioné y me eché a reír.

—¡Lo que había en la cartera es algo que cuando lo vea el ladrón se va a llevar un susto!... exclamé.

—¿Sí? ¿Qué es? preguntó el joven.

—Un tubito de bacilos del tifus. Si se le ha roto del empujón va a tener una sorpresa muy desagradable.

—¡Caramba! exclamó el joven. ¡Eso sí que es más grave!

—Sí, los llevaba al Laboratorio para hacer un cultivo...

—¿Y dice usted que del tifus?...

—Exactamente. Dentro de dos o tres días ya verá el ladrón lo que le pasa, ahora siento no haber metido en la cartera una libra o dos para que pagara al médico.

Lo de las cartas y el retrato de mi

mujer no habían afligido mucho al joven, pero la noticia del tubo de bacilos le puso inquieto.

La conversación languidecía y yo me quedé con la mirada fija en el espacio. Cuando volví en mí ya no estaba el joven a mi lado. Debía tener la cara triste porque una mujer que iba enfrente de mí me dijo: «¡Pobre, le han robado la cartera!»

—Sí, le respondí y al llevar la mano instructivamente a la americana por el lado del bolsillo, sentí que la cartera estaba allí con sus 25 billetes de 5 libras. Al ver mi cara de alegría me preguntó: ¿La ha encontrado usted?

—Sí, respondí dichoso, sacando la cartera y mostrándole los billetes. Ya me figuraba yo que el joven me devolvería estos bacilos.

G. P.



ÚLTIMA PALABRA DEL DEPORTE EN UNA CIUDAD JARDÍN

(De London Opinion, Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

J. R. S. Mahón. — Francamente deshonesto e hipócritamente idiota.

La Pelos. Madrid. — Demasiado chulapo, señorita, y en Buen Humor somos todos algo pollos *peras* y las chulaperías nos estropean la digestión.

Senén. Madrid.

Simpatícote Senén:
¡mala puñalá te den!

C. C. D. Barcelona. — ¡Eso es más malo que un traje de diez duros!

D. R. T. Bilbao. — Perdón, por Dios, pero es una majadería ..

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

R. S. D. Madrid. — ¡Es un crimen el que a usted le dejen andar solo por la calle!

Colorao. Madrid. — Nos ha gustado mucho y lo publicaremos ¡que raro! ¿verdad?

P. M. S. San Sebastián. — Hace mucho frío para que nos parezca oportuno que se hable de Rusia en estos momentos.

H. P. R. Valencia. — Realmente no tiene otro tratamiento que enviarle a Cestona.

PERFUMERÍA PARERA

ha creado el perfume de moda del mundo,
elegante y de los hombres modernos

Varon Dandy

DE FAMA
UNIVERSAL

Demonio. Madrid. — Este Deemonio nos ha enñado una cosa verdaderamente infernal y, como no podía menos de suceder, Dios le ha castigado.

L. V. T. Madrid. — No puede ser.

S. U. B. Palma. — Llega usted tarde y con daño horrible.

B. V. P. Madrid. — ¡¡¡Cochino!!!

Cervera. Madrid. — Lo que tenga usted que decir de los guardias de la porra, se lo dice usted a ellos en la calle, pero a nosotros no nos meta usted en líos. ¡Estamos muy a bien con toda clase de autoridades para exponernos a una tontería por darle gusto a un señor como usted a quien no habíamos conocido hasta hoy, y a quien si tampoco hoy le hubiéramos conocido no habríamos perdido nada!

P. C. P. Barcelona. — ¡Es una lástima que sea usted tan animal,

pero creemos que desgraciadamente no tiene remedio el conflicto!

Luther. Madrid. — El dibujo es para clavarle en la pared. Para clavarle a usted, naturalmente.

Quien la Pasta Dentífrica Orive usa a diario por ser la mejor, sensación agradable recibe y despidió gráfisimo olor.

C. R. A. Madrid. — Los artículos de quince cuartillas no son del número que aquí gastamos. Quiero decir que nos vienen muy anchos y no podemos *andar* con ellos sin sufrir algo de molestia.

Alcio Pulcio. Burgos. — ¡Caballero, nosotros somos más personas decentes en toda la kilométrica extensión de la palabra! ¿A qué viene eso de echarnos la culpa del pecado de Adán, diciendo que era un hombre como nosotros? ¡Adán era un sinvergüenza, señor mío, cuya comparación nos ofende! ¡Y le juramos a usted que somos absolutamente incapaces de comernos una manzana en un jardín público, y en

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS. 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

cueros por añadidura! ¡Eso, si acaso, lo hará usted, y agarrará el catarrazo padre si lo hace!

M. M. Z. Sevilla. — Si es broma, puede pasar... Ahora bien: aunque pase, no pasa nada. Queremos decir con esto que pasa, pero que no se publica.

Celipín. Madrid. — No es usted un humorista lo suficientemente desarrollado para que nos volvamos locos.

CUPÓN

correspondiente al núm. 206 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

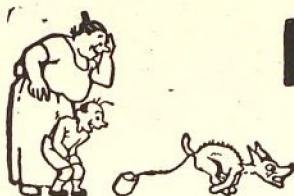
!!! PARA BODAS !!!

SEGURA

FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.

Teléfono 41-52 M.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, el así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Del frente marroquí.

—Encargado un batallón peninsular expedicionario de ir en vanguardia en una operación, uno de los oficiales da las últimas instrucciones a los suyos:

—Muchachos es preciso que el enemigo ignore cuándo escaseen los cartuchos. Aun cuando se os acaben, seguid disparando.

Lur Isla.—Madrid.

Un borracho que pasaba a altas horas de la madrugada por la plaza de San Fernando, se detiene debajo de una farola y se pone a buscar algo. Un guardia que lo ve se acerca y le pregunta si busca algo.

—Sí — contesta el borracho —. Busco la boquilla que he perdido en la puerta de Jerez.

—Pero y ¿cómo la busca usted aquí?

—Porque... porque aquí hay más luz que allí.

Shield.

—Doctor, padezco horriblemente del estómago.

—Pues está usted lo mismo que yo. Por lo tanto, nada de bebidas alcohólicas; el tabaco ni olerlo.

—¿Pues no fuma usted?

—¡Ah! Yo no hago caso de los médicos.

Celestino Rodríguez Casetas.
San Sebastián.

Entre catedrático y discípulo.

Catedrático —Cítame los mejores químicos que conozcas.

Discípulo.—Los taberneros, los lecheros, los fabricantes de chocolate...

Catedrático.—¿Cómo se dividen los cuerpos?

Discípulo.—En sólidos, líquidos y gaseosos.

Catedrático.—Un cuerpo sólido.

Discípulo.—El cuerpo de Artillería.

Catedrático.—¿Un cuerpo gaseoso?

Discípulo.—Un cuerpo... electoral: es invisible e impalpable.

Catedrático.—¿Puede indicarme un cuerpo transparente?

Discípulo.—Sí, señor: un maestro de escuela del antiguo régimen.

C. P. M. Fuencarral P.

En una farmacia.

Cliente.—Deme usted una caja de «Ungüento Cadón».

Dependiente.—Señora, será «Cadum».

Cliente.—Bueno; Cadón-o, lo dice como sabe.

Oxilla.—Miranda.



HERNIAS
Bragueros científicos.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Al pasar un carro por el fielaio, el encargado pregunta al conductor:

—¿Qué lleva en el carro?

A lo que le contesta el conductor muy bajito:

—¡Algarrobas! —añadiéndole—. ¡Y se lo digo así, porque no se enteré el caballo!

Fildor.—Reus.

En una clase.

Profesor.—Vamos a ver, Gustavo: ¿qué es el oxígeno y para qué sirve?

Alumno.—El oxígeno es lo que se pone mi hermana cuando quiere ser rubia

Francisco Quintana.
Castellón.

Anécdota.

Un célebre escritor estaba tan plagado de ingleses, que por la calle iba siempre tratando de evitarlos.

Una tarde, sin embargo, vióse sorprendido por uno de ellos, que empezó a hablarle muy alto, en estos términos.

Santander y acuerdan por carta ir un día de fiesta que haga mal tiempo a visitar el Cristo de Limpias, confirmando las ellas la víspera la excursión con el siguiente telegrama:

«Si llueve, mañana iremos Limpias.

Peter Alonso.—Madrid.

A la salida de un Juzgado Municipal.

Un amigo del juez.—¿Señor juez, acabó su trabajo por hoy?

El juez.—Acabo de celebrar un juicio de faltas con dos mujeres faltas de juicio.

Antonio Belaguer.
Barcelona.

Vino a Madrid un paleta rico, y para lucirse, se trajo de su pueblo un soberbio burro, sobre el que jineteaba por las calles de la villa y corte. Cabaigando cierto día, pasó por delante de un pobre ciego, el cual pidióle una limosna. Díosela el paleta, y le contestó el ciego agradecido.

—¡Santa Lucía bendita! ¿conserve la bestia!

Monsieur de Levou'ez.

Entre niños.

—...Sí, mi hermanito se ha tragado una perra chica.

—Le habrá costado mucho.

—Solamente cinco céntimos.

Paco Modinos

En el colegio.

El maestro.—Vamos a ver Perico, si en un alambre hay seis pájaros tiras un tiro y matas dos ¿cuántos quedan?

El niño.—Pues... dos.

El maestro.—¿Cómo dos? Si son seis los que hay.

El niño.—Sí, señor, es que los demás se'en volando.

Luis Gómez.—Mejilla.

Cesáreo Alonso
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.
Talleres propios. Precios económicos.
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

—¡Bribón!... ¿Cuándo va usted a pagarme? Esto no se puede sufrir... Después que llevo esperándole cuatro meses... ¡No tiene usted vergüenza!

El escritor, por salir de aquel atolladero, y por desorientar a la gente que formaba corro alrededor de ambos, replicó con la mayor naturalidad del mundo, como si el otro le hubiera estado contando algo:

—¿Y usted qué respondió a todo eso?

Norwias.—Carabanchel Bajo.

En un examen.

El tribunal.—¿Digamos usted en qué parte del cuerpo humano se halla la masa encefálica?

El alumno.—Perdonen los señores del tribunal, pero jamás me ha entrado eso en la cabeza.

Dionisio Sánchez.

Dois amigas jóvenes, de Bilbao, tienen sus respectivos novios en

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

A C L A R E

el color de su cabello, sin teñirlo, y déle los tonos caoba claro y castaño que tanto favorecen. Use para ello la famosa sustancia de manzanilla

Camomila Intea

De venta en perfumerías y droguerías.



FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

—¿Por qué teniendo usted tres ca... itativa pe ro inútilmente; y entonces se dirigió al arcángel diciéndole:

Don Luis exhaló un suspiro y dijo tristemente:

—La primera y única casa que construí, al concluir la carrera de arquitecto, se hundió. El primer enfermo que asistí como médico, se murió. El único que defendí como abogado, fué al patíbulo. No me atrevo a hacerme cura por temor de que el primero que ayude a bien morir vaya al infierno.

Antonio Lobo.

Gitano Ladrón.

En la catedral de Córdoba hay un San Rafael con un pez de plata.

Entró en el templo un gitano, y al verlo concibió el proyecto de apoderarse de la alhaja subiéndose al altar y tirando de pez fuertemente.

—Pero como está sujeto por una fuerte argolla, se le incinó el santo y no conseguir su objeto. Hizo otra

—Suértalo, desconfíalo, que es pa verlo ná más.

K. Macho.—Regulares Tetuán.

En una de las típicas verbenas que se acostumbra dar en los pueblos de Andalucía, se organizó una pequeña carrera de caballos en la que tomaba parte algunos mozos y entre ellos un gitano, que se las daba de jinete.

Salieron los corredores apareciendo al cabo de gran rato y a la cabeza de ellos el gitano, el cual, por lo mal que montaba y a la fuerza del galope, iba montado en el cuello del animal y viendo lo que le faltaba para llegar y que caería al suelo antes, exclamó con todas sus fuerzas:

—¡J'acer er favó de traer otro cabayo, qu'este ze me está acabando!

Alba.—Melilla.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envilecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. BRADLEY.—Madrid.

- Qué cosa más buena son los automóviles. Este Hamilton a ellos les debe todo su capital.
—¡Ahl ¿Pero tiene fábrica?
—No. Es que su suegro murió atropellado...